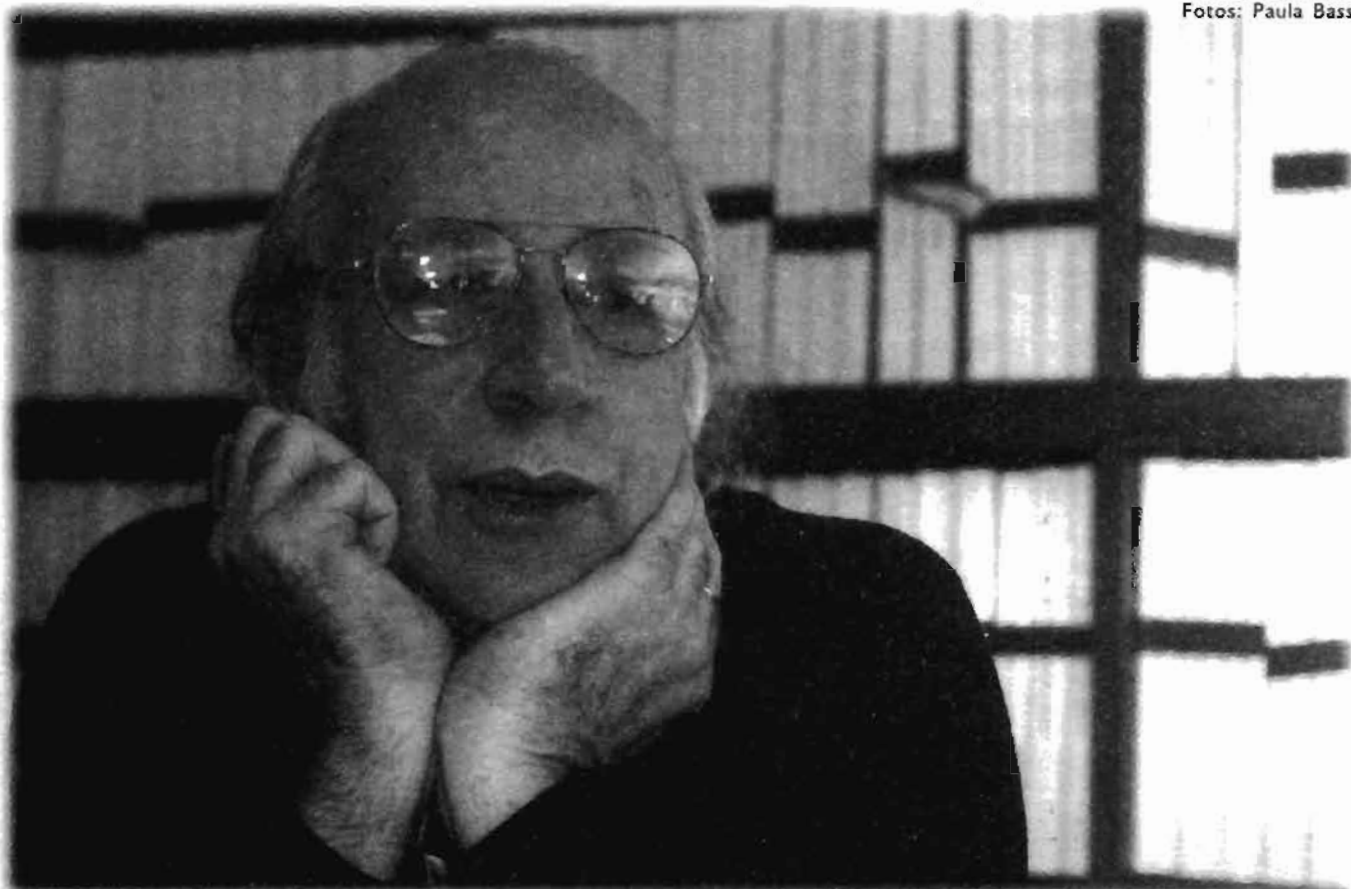


Patricio Garrahan

# Volver para quedarse

por Armando Doria [mando@de.fcen.uba.ar](mailto:mando@de.fcen.uba.ar)  
Fotos: Paula Bassi



*Miembro de una generación de investigadores de primer nivel, el doctor Garrahan fue uno de los pocos científicos que regresó a trabajar a la Argentina después de perfeccionarse en el extranjero. Desde su vuelta, en 1967, investiga en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA. Hoy se ha convertido en un referente obligado cada vez que la problemática científica está en el tapete.*

Su padre fue uno de los médicos pediatras más importantes del país –de hecho, el hospital central de pediatría lleva su nombre– y su abuelo un reconocido cirujano. Con semejante tradición familiar es difícil eludir las influencias: Patricio Garrahan no dudó en seguir la carrera de medicina. “En casa no fui compelido a nada, ni a estudiar una carrera determinada, ni a adoptar ninguna ideología particular. Tuve una formación liberal en el sentido tradicional del término”, aclara el doctor Garrahan ante la posibilidad de que alguien sospeche que su elección no fue de pura voluntad. **–De todas maneras, se puede pensar que usted hizo algo de trampa a la tradición familiar, porque si bien es médico, se dedica a la investigación.**

–Me recibí en el 60, me dediqué a la pediatría hospitalaria y luego opté definitivamente por la carrera de investigador. En la época de Frondizi, durante los veranos, el Ministerio de Salud contrataba gente para tratar la diarrea infantil. Esa es una enfermedad espectacularmente dependiente del conocimiento de la distribución de agua en el organismo y de fisicoquímica de soluciones. El chico se muere o se salva en pocas horas si se le hace o no la reposición adecuada de aquello que el organismo no puede compensar. Yo me pasé dos veranos haciendo ese trabajo y ahí comenzó a interesarme el tema de la distribución de agua y sales disueltas en el organismo, que era aquello que había que dominar. Además caí en que, para entender eso, tenía que

entender los fenómenos de transporte a través de las membranas biológicas, y como en el país había poca gente dedicada al tema, pedí una beca para ir Cambridge.

**–Estaba muy seguro de su vocación.**

–Claro. Y nunca me arrepentí. Me hubiera resultado muy fácil dedicarme a la práctica médica con los antecedentes de mi padre, ya que hubiera heredado su consultorio.

**–¿Cómo recuerda a su padre?**

–Papá era un gran médico, de los que no hay, de los que faltan hoy día, de aquellos médicos que eran capaces de entender al paciente y no solamente la enfermedad. Gran parte de sus éxitos fueron consultas de temas no resueltos, basados no tanto en su sabiduría médica sino más bien en su sentido común y su comprensión de la gente. Murió prematuramente, y no lo digo por su edad sino porque todavía permanecía muy activo. Uno de los hechos dolorosos de mi vida como científico fue la muerte de mi padre. Yo estaba en Cambridge como becario del Conicet y allí recibí la noticia de su muerte. La última vez que lo vi fue desde la cubierta del barco que me llevó a Inglaterra, alejándose mientras caminaba junto a mi madre.

**–Usted destaca que vivió en una casa**

**muy liberal. ¿Se mantiene presente ese legado?**

–Muy presente. Vivíamos en una casa muy literaria, con una buena cantidad de libros, y mi amor por la lectura es algo que aprendí allí. Otra cosa que aprendí fue a sentirme miembro de una universidad. Y lo más importante fue conservar el respeto y tolerancia por los demás, independientemente de lo que piensen.

*Quienes volvimos del extranjero nos encontramos con el inevitable problema del aislamiento.*

**–¿Cómo se conjuga la formación humanística con la científica?**

–Por ejemplo, en el hecho de que esa distinción típica que hay en la Argentina entre las ciencias duras y las blandas, yo no la siento tan así y me resulta difícil entender a un científico sin formación general. Eso también lo mamé en Cambridge, en donde convive gente de diferente formación y eso obliga a tener capacidad de diálogo con quien no tiene nada que ver con la disciplina propia. Estoy seguro de que la formación humanística es muy importante para

esta profesión.

**–Después de su período en Cambridge volvió a la Argentina para trabajar en la Facultad de Farmacia y Bioquímica. ¿Cómo fue la vuelta?**

–Fue muy especial porque mantenía el sueño de un país con una base científica sólida. Eramos toda una generación de científicos que podríamos haber constituido algo muy fuerte. Estaban Marcelino Cereijido, Enrico Stefani, y muchos más. La mayor parte de ellos ahora está trabajando en el exterior y, con ellos, también sus discípulos. Creíamos que a la Argentina no le faltaba mucho para convertirse en un país desarrollado y que la distancia que nos separaba de los países centrales era salvable.

Quiénes nos perfeccionamos en el extranjero en los años 60 y después volvimos, lo que encontramos fue el inevitable problema del aislamiento. Pero el tipo de tecnología y la forma de trabajo que habíamos aprendido en lugares de avanzada se podía realizar acá, y por lo tanto era una evidencia de que estábamos cerca del desarrollo. Posteriormente vivimos cómo ese sueño se fue extinguiendo.

**–¿Usted nunca pensó en ir a trabajar al exterior?**

–Tuve muchas ofertas y lo pensé muchas veces.



**—Pero se quedó.**

—Y es muy difícil. A mí me da vergüenza decir lo siguiente, pero lo voy a decir. Me creía un miembro de la clase dirigente. No me refiero a miembro de una oligarquía o una elite sino que yo creía deberme al país. Ese fue el factor que me hizo decir: “esperemos a que lleguen épocas mejores”. Y después pasa el tiempo y se hace muy tarde.

**—Entonces se arrepiente de haberse quedado.**

—A veces sí. Pero, de todas maneras, uno no puede saber cómo le hubiera ido afuera.

**—¿Cree realmente que le hubiera podido ir mal?**

—No, creo que me hubiera ido bien.

**—¿Qué cosas no lo hacen arrepentirse de estar investigando en el país?**

—Lo que mi grupo hace en la Argentina es competitivo a nivel mundial y ese es un motivo de orgullo. Cuando uno se para a presentar un trabajo en un congreso internacional, el hecho de que el expositor sea de un país periférico o central es irrelevante. Uno no puede decir: “disculpen lo que estoy mostrando pero tengo poca guita, porque el subsidio no llegó”. Y creo que en general hacemos muy buen papel a nivel internacional.

**—¿Por qué cree que se desmoronó aquel sueño de sus primeros años de investigador?**

—Creo que la sociedad argentina abandonó una idea que tuvo durante mucho tiempo, con distintas variantes, que era la de que podíamos ser un país importante. Se abandonó por una posición cómoda de dejar que los de afuera se encarguen de hacer todas las cosas importantes. Es una idea suicida que está más arraigada en la Argentina que en Chile, Brasil o México. De manera que, a lo triste y doloroso que significa ser un



país periférico, se le suma el hecho de que los dirigentes creen que lo importante debe venir de afuera. Y muchas veces aducen razones de presupuesto y eso no es cierto porque el nivel de inversión que se requiere en la Argentina para un crecimiento sostenido de la ciencia es relativamente chico.

**—¿Qué política científica considera correcta?**

—Para comenzar, nadie nunca ha calculado cuánto cuesta un sistema científico razonable, y nadie ha calculado cuánto cuesta hacerlo crecer hasta tener un número de científicos compatible con la población. Si Argentina tuviera el mismo porcentaje de científicos que un país

avanzado tendría que tener unos 70 mil y no 5 mil, como en la actualidad. Lo siguiente, y que me parece fundamental, es abandonar los sistemas escalafonarios gerontocráticos que caracterizan a la mayor parte de la actividad científica y universitaria argentina. Es necesario hacer una apuesta al mérito más que a la trayectoria: el científico argentino está envejecido. Si uno ve cómo funciona el sistema en países en donde la ciencia es exitosa, verá que el mérito es mucho más poderoso. Una vez que alguien joven demostró ser bueno, rápidamente es captado y promovido. Y hay algo más, que es asumir la ciencia no como un hecho individual sino como una tarea de grupos interdisciplinarios que se forman transitoriamente para desarrollar algo en concreto.

*El único científico entrevistado por el gobierno fue César Milstein, un argentino que es ciudadano británico desde hace 30 años.*

**—¿Considera que esta crisis se puede revertir a corto plazo?**

—No. Estoy sumamente preocupado por la situación actual. Con la asunción del nuevo gobierno, que contó con el apoyo de una parte sustancial del electorado científico, que lo votó con esperanzas, nos encontramos con una total falta de información y con acciones totalmente periféricas a la ciencia, como el desarrollo de Internet o un énfasis en la ciencia como pie para la innovación productiva. Las dos cosas son importantes pero secundarias, y no funcionan si no hay una base científica amplia.

**—Sus críticas llegaron a los medios y**

**al gobierno. ¿Qué recogió de ellas?**

—De parte de mis colegas, recibí apoyo, pero desde el gobierno no obtuve respuesta, aunque en este momento se nota un pequeño cambio, como la constitución de ese minigabinete ministerial. Pero no deja de ser triste que, a los cinco meses de asunción, el gobierno tenga que ponerse a pensar qué diablos tiene que hacer con la ciencia. Yo estoy con bronca. Tenía otras expectativas.

**—¿Usted tuvo algún ofrecimiento de la actual gestión?**

—Yo veía con simpatía a la Alianza y esperaba poder colaborar, pero no tuve ofrecimientos. Y no soy un buscador de ofrecimientos.

**—¿Colaboraría en este momento?**

—Puede ser, pero antes de asumir cualquier responsabilidad preguntaría más de lo que hubiera preguntado antes.

**—¿La realidad universitaria es muy distinta a la científica?**

—No, también es complicada. La universidad argentina está necesitando una reforma. En primer lugar, el sistema de legislación y financiamiento universitario está basado en que todas las universidades son iguales y eso es falso. Hay universidades grandes con mucha tradición, como Buenos Aires o Córdoba, y otras pequeñas y recién creadas, en las que no tiene sentido fijar el mismo tipo de gobierno. En segundo lugar, creo que la universidad está todavía muy orientada a la formación de las profesiones clásicas, lo que le da a sus políticas una orientación muy inmediateista a las necesidades del profesional y una fuerte fragmentación estructural. Esas dos cosas hacen que la curricula universitaria sea muy rígida. Los chicos entran a la universidad a una edad en que la vocación todavía no está muy definida y tienen que optar por una carrera rígida. Creo



**PING - PONG**

- Dante Caputo:** Un pedante.
- Juan Carlos Del Bello:** Ganas de hacer con soberbia.
- Pablo Jacovkis:** Me gusta.
- Mario Albornoz:** Un buen tipo.
- Oscar Shuberoff:** La universidad merece algo mejor.
- Domingo Cavallo:** No me gusta para nada.
- Anibal Ibarra:** Por ahora está en la lista de los buenos tipos.
- Fernando De la Rúa y Chacho Alvarez:** Por ahora, como Ibarra, siguen en la lista de los buenos tipos.
- Carlos Menem:** Es el símbolo de todo lo que no tiene que ser la Argentina.

que eso debería cambiar por un ciclo inicial donde haya distintas orientaciones.

**—Usted es parte del comité editorial de la revista Ciencia Hoy. ¿De qué manera considera que este medio colabora con la ciencia y la educación?**

—Creo que Ciencia Hoy cumple con una función importante: muestra que la ciencia no es algo maravilloso que se hace en otros lugares del mundo y que sólo es accesible a los científicos argentinos que van a trabajar a esos lugares. Si uno lee los diarios o ve la televisión, en general se encuentra con programas que se refieren a altas tecnologías, algunas de ellas de muy escaso interés para el país, presentadas como maravillas. Y cuando vienen noticias de científicos argentinos, generalmente es de aquellos que trabajan fuera del país. La entrevista de Chacho Alvarez con César Milstein es un buen ejemplo: el único científico entrevistado por el gobierno es un argentino que es ciudadano británico desde hace 30 años. Nuevamente está presente la idea de que la ciencia es algo maravilloso que se hace afuera.

**—¿Cree que la visita de Milstein aportó algo a la ciencia nacional?**

—El eco que tuvo indica que un sector importante de la sociedad piensa en la ciencia como algo importante. Pero yo no sé hasta que punto la opinión pública no ha sido paralelamente convencida de que todo eso corresponde a los países desarrollados, que primero hay que arreglar la economía y recién entonces vamos a poder hacer ciencia.

**—¿No cree que se reconozca a los investigadores locales?**

—Para nada. En una época alguien decía que era científico y lo miraban con admiración; ahora dice que es científico y lo miran con lástima. ■